

Para Marcelo

Por Susan Perretti¹

Recientemente he estado pensando mucho en El Santuario, en Chimayo. Hace unas semanas, en una noche fresca de noviembre, a menos de una milla de la piscina municipal donde mis dos hijos aprendieron a nadar y donde luego trabajaron como salvavidas, a unas cuadras de donde fueron a la escuela, siete hombres jóvenes rodearon a un inmigrante ecuatoriano en un callejón negro oscuro; y cuando pinto la escena, ellos lo están toreando, empujando, maldiciendo, riéndose y entonces, después de que la víctima trata de defenderse al removerse su cinturón y dar de correazos, uno de los atacantes le enterró un cuchillo en su pecho y lo dejaron allí a morir, su sangre derramándose sobre la calle. Quién sabe qué habrá pensado en esos momentos finales mientras estaba tirado, solo, con dolor, la vida dejándolo. La policía dijo que arrastró su cuerpo unos cien pies antes de que parara su corazón. Las manchas de sangre mostraban el camino. ¿Es que pensó en su madre, Rosario, muy lejos en Ecuador?; lugar dónde él había jugado cuando niño y que luego cuando hombre dejaría para venir a Estados Unidos, llegar a la Villa de Patchogue, en la costa sur de Long Island, a vivir y trabajar para ganar dinero para mandar a su familia en su tierra. Y antes de eso, cuando los asaltantes aún estaban sobre él, una manada de lobos devorándose una sola oveja, ¿es que pensó en ella entonces? ¿Es que rezó por un milagro, por que alguien llegara a tiempo para salvarlo, para espantar a los malhechores, para llamar a la policía, sostener su cuerpo fornido en sus brazos y decirle suavemente, “No hables ahora, ya viene la ayuda”? Tal vez acariciar su frente como lo haría una madre, ó llorar con él por que algo así pasó, allí en medio del suburbio de Patchogue, un sábado en la noche, la gente cenando y riendo y bailando muy cerca en los restaurantes y bares de Main Street.

¹¹ Susan Perretti co-organizó el evento “Una noche para la Mamá de Marcelo” en Patchogue. Esta pieza fue escrita en el taller de escritura Herstory.

Cuando estoy acostada en las noches, a veces me imagino que yo soy esa persona. Me veo manejando por el callejón en mi Toyota, paro el carro y brillo mis luces sobre la escena, mi mano sobre el claxon, las caras de los atacantes volteadas hacia mí, no hay tiempo para hacer la llamada, grito, lo más fuerte que puedo, “Aléjense! Déjenlo! En cualquier otro momento, hubieran parecido niños de verdad, el menor tan sólo 16. Los hubiera pasado en la calle sin siquiera notarlos. Vagamente, recuerdo que uno de ellos, vivía con su familia al otro lado de la calle de la casa que Meaghan y yo habíamos rentado en la calle Yacht ese año. El mayor de tres hermanos, se reunía con los menores mientras jugaban básquetbol en la calle, dándose costillazos y luchando, como hacen los chicos de su edad. ¿Quién habría sabido entonces, escuchándolo reírse con sus hermanos, que él estaría en otra calle unos pocos años después, no lejos de su casa, y dejaría a un hombre a quién nunca había conocido antes morir al borde de la calle? Pero en mis imaginaires, la noche en que él y los otros salieron tras Marcelo, falta la humanidad en sus ojos, la crueldad los ha hecho algo salvaje, salvaje y más viejos que sus años, como soldados que ya han olido la muerte por demasiado tiempo. Por un minuto, me preocupa que ellos vendrán tras de mí, pero en mi fantasía las luces, y el claxon y mis gritos finalmente los esparce, y el que sostiene a Marcelo retira su cuchillo, gruñe y escupe sobre quién acaba de tirar, antes de perderse en la oscuridad. Allí es cuando llamo 911. Es seguro ahora, salto fuera y tomo a Marcelo en mis brazos, está débil, y yo no estoy segura si entiende inglés, pero su voz es pequeña y dice gracias, e inclusive ahora, aún sabiendo que es un sueño comienzo a llorar, a temblar, el encuentro con la violencia cobrando su dominio sobre mí como siempre sucede. Si sólo pudiera haber estado allí, tal vez hubiera podido haber salvado a Marcelo.

Pero siempre es demasiado tarde. Demasiado tarde salvar a Dorothy Stang, la monja católica de 73 años, balaceada seis veces sobre una carretera lodosa en la selva amazónica de Brazil. Demasiado tarde salvar a Ita Ford, una de las trabajadoras de auxilio americanas quienes fueron violadas y asesinadas, sus cuerpos encontrados una semana después bajo la tierra coartada y seca de un tramo de carretera en El Salvador. Demasiado tarde salvar al cuarto de millón quemados en las furiosas tormentas de fuego de Hiroshima y Nagasaki. Demasido tarde salvar a Anne Frank, hija del holocausto, o a

Martin Luther King, Jr., disfrutando el aire fresco del atardecer en el balcón en Memphis, o a Franz Jagerstatter, decapitado cuando se negó a unirse al ejército nazi, o a Gandhi, el Mahatma, cuando caminaba hacia su rezo de la noche con sus sobrinas y del gentío que lo rodeaba destelló una pistola. Pienso en todos estos casos y más, en miles y miles más, casos que he leído, que he escuchado, los que murieron, como Marcelo, a mano de gente convertida en cosas salvajes cuando la humanidad se les escapa de los ojos. ¿Cómo más puede uno explicarlo? Aún habiendo vivido tan cerca de ello, habiendo crecido agachándome ante la brutalidad e impredecibilidad de su rabia de león feroz, y después sentir el animal surgir en mi propio cuerpo sediento de venganza – aún no puedo explicarlo. Presiento que nunca lo entenderé.

La noche en que mataron a Marcelo, Chuck y yo estábamos mero en la Villa, a un caminar corto de donde ocurrió el asesinato. Era la noche de “la fiesta anual para la paz” de Jack, y este año, Jack tenía a chicos de una secundaria local quienes habían traído los tambores que ellos mismos habían construido en la Iglesia Congregacional de Main Street, así que empezábamos la noche con un círculo gigante de tambores tocando. Jack, un cantante/ canta autor/ músico que habíamos estado siguiendo por unos años, nos estaba guiando desde El Santuario mientras él estaba sentado, curvado sobre su gran conga, palmeando el ritmo e inclinando su cabeza hacia arriba y hacia abajo, llamándonos a unirnos. Yo tenía mi tambor chiquito, el que me había regalado Chuck una navidad, y estaba dándole duro, tratando de estar al par. Después de tiempo, todos los tambores empezaron a sonar como uno, y fue como si nos hubiésemos unido todos para convertirnos en un gran corazón, y la capilla entera vibraba. Yo tenía mis ojos cerrados, en un vaivén con el sonido, y cuando miré hacia arriba y alrededor ví a mucha gente sonriendo, a niños pequeños tocando instrumentos hechos a mano, con el mismo fervor que los mayores. Jack tiene una banda que él llama La Cascada, y como una cascada real, siempre está cambiando, moviéndose, renovándose y cogiendo movimiento y cayendo. Esa noche, todos fuimos parte de La Cascada, y cuando salimos de la iglesia, la musica aún en mi cabeza, estaba yo feliz y energizada, y recuerdo a Chuck después riéndose y moviendo su cabeza diciendo que yo había platicado toda la manejada a casa.

Cuando ví el artículo de periódico al día siguiente, me quedé mirando la foto de Marcelo, la foto que gente a través del país y más allá, verían una y otra vez en los reportes de noticias en los días y semanas a seguir – la foto donde está él portando su cachucha de béisbol color crema, pareciendo mucho menor que sus 38 años, inclusive como niño. Está sonriendo, su cara es bien parecida y gentil, sus hombros anchos, algún tipo de cadena – tal vez un crucifijo – cuelga de su cuello. Conforme leo la historia, mi estómago se revuelve, y tengo que desprenderme. “Ay, Dios mío”, dije, y Chuck vino a mí y terminamos leyendo juntos. Sólo a unas cuadras de donde habíamos estado – le seguía diciendo a Chuck, no podía sacarme ese pensar de mi mente. Ingenua, pienso que fui muy ingenua, pensar que esto nunca podría suceder en Patchogue, donde había vivido por tanto tiempo. Todos esos años, los desfiles de navidad que duraban horas, Gene, los niños y yo arropados y a lo largo de Main Street saludando a amigos conocidos; las noches que manejábamos al Parque Shorefront, simplemente para ver los botes regresar con la puesta del sol, mientras Meaghan y Greg atraían cancrejos desde el muelle con patas de pollo crudas amarradas al final de una cuerda; los incontables viajes de autobús al área de compras con Meaghan de pequeña, un día fuera, cuando no tenía un coche. No en Patchogue.

Los periódicos decían que siete atacantes jóvenes salieron a “agarrar a un mexicano” y yo me encogí como cuando oía con frecuencia a mis padres quejarse de “todos los mexicanos” en Patchogue, a dos pueblos de donde ellos vivían. “¿Qué le pasó a toda la gente blanca?” preguntó un día mi mamá cuando estaba yo en casa. “Mamá, no todos son mexicanos”, contestaba yo tan calmadamente como podía, mientras que lo que quería decir realmente era que ella me avergonzaba, que me daba pena cuando hablaba así, especialmente cuando había gente que no era familia alrededor. “Vienen de muchos países”. “Pues a mí no me importa de dónde vienen”, seguía, “Es una mentada pena ver en qué se ha convertido Patchogue. Era un lugar tan bonito”.

“Sí, mamá”, me imagino diciendo mientras mi mirada se fija una vez más en la foto de Marcelo. Era un lugar en el cual podías caminar un sábado en la noche, como lo hicieron Marcelo y su amigo, por las vías del tren, rumbo a la casa de otro amigo para ver la película que recién habían rentado, y no preocuparse de ser atacados por una pandilla

de chicos saltando de sus carros, rodeándote, dominándote por completo, tirándote al suelo, golpeándote y después matándote, por que habían salido para agarrar a un mexicano pero en vez asesinaron a un ecuatoriano quien fue descrito en los periódicos como dulce y atento por todo mundo que lo conocía – sus vecinos, el hombre que lo empleaba en su negocio de lavado en seco, la madre quien contó cómo Marcelo jugaba con sus hijos cuando él pasaba por su tienda para enviarle dinero a su mamá.

Al día siguiente, en la primera plana del periódico, había una foto grande de la mamá de Marcelo, Rosario, una mujer pequeña, sencilla; y la pena la hacía ver más pequeña aún, mientras la sostenían otros de su villa en Gualaceo, lugar donde Marcelo y sus hermanos y hermanas habían corrido por calles empedradas, pateando una pelota, quizás, o simplemente correteándose el uno a la otra, como suelen hacerlo los niños y niñas de esa edad. Y bajo su foto estaban sus palabras, “¡Somos seres humanos!”

El siguiente viernes, Chuck y yo caminamos en la lluvia brumosa, moviéndonos con y entre los centenares de personas que habían salido para la vigilia de luz esa noche cerca del lugar donde había muerto Marcelo. A la distancia, podía ver el altar que la gente de la vecindad había creado, flores y mensajes y rosarios, y un retrato pintado de Marcelo recargado sobre este escenario improvisado. Alguien se dirigía a la multitud en español. Chuck había olvidado algo en el carro, y entonces estaba parada sola, teniendo problemas con mi vela, tratando de prenderla, sintiéndome bien conciente, pensando si esta gente mayormente latina me vería mal a mí, si me quería allí en sí, una mujer anglo. Junto de mí, una joven latina que me había estado mirando vino a mí con su vela encendida y me ayudó a prender la mía. “Gracias”, le dije y ella sonrió. Muchas personas alzaban letreros, mayormente en español. Los que estaban en inglés decían cosas como, “Alto al odio”, o “Justicia para Marcelo”. Una niña pequeña sostenía un letrero que leía, “Todos somos uno”. Joselo, el hermano de Marcelo, subió al micrófono. Yo me esforcé para verlo, preguntándome si se parecía a su hermano mayor. Por partes en español, por partes en inglés, él nos pedía que pusiéramos a un lado nuestro odio y estuviéramos seguros de que la muerte de Marcelo no sería en vano, que despertara a la gente a la erupción de crímenes de odio contra latinos en Long Island.

Cuando Joselo terminó, porras y aplausos y después un canto espontáneo brotó en español. Yo anhelaba unirme, pero el poco español que recordaba de la universidad no era suficiente, así que alzé mi vela a lo alto, una larga y con la foto de una paloma, sus alas abiertas ampliamente y llamas de color rojo-sangre saliendo de un fuego emanando de su cuerpo blanco-puro, en todas direcciones, y debajo las palabras, “Espíritu Santo”. La había tomado cuando salimos de la casa esa noche; por alguna razón me había recordado de El Santuario – era el tipo de vela antigua que se encontraba allí. Y mientras conducíamos a Patchogue, pensaba yo en El Santuario y en la gente mexicana con rosarios en sus manos, rezando en la capilla, y la risa de los niños metiendo sus pies en el pequeño arroyo que corría por el altar, y como cuando merito antes de irnos de Chimayo aquel día, yo pisé fuera de mis sandalías polvorientas y me senté a un lado de ellas, con los otros peregrinos, bajando mis pies al agua clara, fresca, un alivio bienvenido dado el calor del sol de mediodía de Nuevo México. Habían pies cafés, pies blancos, negros, jóvenes y viejos, como las piedras a lo largo de la playa de la costa norte cerca de nuestra casa, de muchos colores y cada una diferente pero juntas aún más bellas, brillando donde el sol las toca justo bajo la superficie. Rodeada de tantos en la calle poco iluminada cerca del lugar donde mataron a Marcelo, alzé mi vela lo más alto que pude, y no me sentía rara o tímida ya. Sentí el poder de la gente reunida allí, haciendo un llamado con lo que empezaba a sonar como una sóla voz, como un sólo latido de corazón de un círculo de tambores, llamando por la paz, llamando por la libertad de caminar las calles sin miedo, un llamado a sus hijos, un llamado a Marcelo.